

Matanza de los
reclusos en la A-
badía.

menzaron. Los desventurados habitantes de aquella melancólica morada se encontraban hacia algunos dias contristados á consecuencia de las confusas indicaciones que les habian dirigido sus carceleros, hasta que al fin el 2 de Septiembre á las dos de la mañana, la proximidad de la gritería del populacho les dió á conocer que era llegado su último momento (1).

Se hallaban veinticuatro eclesiásticos, de los que no habian querido prestar el juramento, detenidos bajo custodia en la Casa Consistorial. Se tomaron seis coches, y se procedió en aquellos momentos á trasladarlos á la carcel de la Abadía, en medio de la grito y las imprecaciones de la multitud. No bien llegaron á su destino, cuando los rodeó una furiosa muchedumbre, que capitaneaba Maillard, armada de lanzas y sables, la cual estrajo á los presos de los carruages, y los condujo á un patio interior de la cárcel donde cayeron inmolados por una infinidad de golpes.

Los ayes de las víctimas destrozadas por la turba, fueron los primeros indicios que tuvieron los reclusos, de la suerte que les aguardaba; fueron cojidos uno por uno y arrastrados ante un tribunal inexorable de donde se les hacia salir para que satisficiese en ellos su saña el populacho. Uno de los primeros á quien se estrajo, fué Reding; como se le conducía con precipitacion, el dolor que le causaban sus heridas, hizo exha-

(1) Saint Meard, 22.

lar gemidos á aquel intrépido soldado suizo; uno de los asesinos le atravesó con su sable la garganta, y murió antes de haber comparecido ante sus jueces. Las fórmulas judiciales se convirtieron en la mas atroz carnicería. Sacaban á los presos de los calabozos, y los conducian atropelladamente ante el tribunal que presidia Maillard, y que se hallaba reunido en una estancia iluminada con teas; se veia allí al presidente con un sable desnudo delante, y con sus vestidos cubiertos de sangre, rodeado de los demas miembros con espadas desenvainadas y con las camisas igualmente manchadas de sangre. Unos cuantos minutos, y aun á veces segundos, bastaban para que quedase resuelta la suerte de cada individuo; se les estraia del improvisado tribunal, y se les entregaba al populacho que se hallaba agolpado á las puertas, armado de sables, sediento de sangre y pidiendo á gritos que se le despachasen con mas brevedad nuevas víctimas. No se necesitaban verdugos; el pueblo ajusticiaba con sus propias manos á los reos, y á veces se entregaba al feroz placer de verlos recorrer, á causa de sus horribles convulsiones, antes de espirar, una distancia considerable. Los que se hallaban detenidos en los pisos superiores de la cárcel, pasaron por la agonía de presenciar los prolongados padecimientos de sus compañeros; se agregaba á sus tormentos una sed horrible; pero á pesar de sus fervientes ruegos, se negaban los inhumanos carceleros á darles un solo trago de agua. Algunos de los reclusos tuvieron el suficiente valor y animosidad para obser-

var en qué postura la muerte ponía mas prontamente fin á su existencia, para sufrir menos, y resolvieron, cuando les llegara su vez, conservar las manos colgadas, temiendo prolongar sus padecimientos, si intentaban desviar los golpes (1).

Muchos de los individuos de la plebe que se hallaba reunida en el patio de la Abadía, se quejaron de que los que se habian situado por delante, eran únicamente los que inmolaban á los presos, y que ellos que estaban atrás no podian gozar de la satisfaccion de matar, á los aristócratas. En vista de esta queja, se concertó que los que estaban mas al alcance de los reclusos, les descargarían planazos con sus sables, y que las desventuradas victimas sufrirían carrera de baquetas, al correr por entre aquella prolongada série de asesinos, hasta morir, á fin de que todos tuviesen el gusto de herirlas. Las mugeres que habitaban el barrio contiguo al lugar donde se representaba esta escena sangrienta, dirigieron una solicitud en forma al cabildo, pidiendo que se iluminase el espectáculo, á fin de que pudiesen presenciarlo; y habiéndose accedido á la peticion, se colocó un farol inmediato á la puerta por donde las víctimas salían; y cada vez que una de ellas aparecía, prorumpían los espectadores en una estrepitosa gritería. Llegaron despues hasta el punto de colocar asientos y situar centinelas que los cuidasen, unos "pour les Mes-

(1) Saint Meard, 22, 39, 40. Tb., III, 64, 5, 66. Mémoires de Pelletier, XI, 26.

sieurs" (para los señores), y otros "pour les Dames" (para las señoras); para que se asistiese con mas comodidad al espectáculo. No hubo una sola vez que se viese salir á uno de los presos por la puerta, que no exhalase alaridos de alegría la muchedumbre; y cuando sucumbía, se ponían á bailar aquellos monstruos, como canibales en derredor de su cadáver (1).

Poco despues se presentó Billaud Varennes con sus insignias de magistrado; se subió sobre un monton de muertos, y arengó al pueblo en medio de aquel espectáculo infernal. "Ciudadanos," dijo, "habeis esterminado á algunos malvados; habeis salvado á vuestra patria; la municipalidad os lo agradece, y no sabe como pagaros la deuda que ha contraido con vosotros. Estoy facultado para ofrecer veinticuatro francos á cada uno de vosotros, cuya suma os será inmediatamente satisfecha. (Bulliciosos aplausos.) Respetables ciudadanos, proseguid vuestras útiles tareas, y adquirid nuevos derechos á la gratitud de vuestra patria. Pero no vayais á manchar vuestras manos cometiendo alguna accion indigna; no mancilleis este dia de gloria con actos que os degraden; no os entreguis al saqueo; la municipalidad tendrá cuidado de que quedeis satisfechos de las quejas que teneis contra la aristocracia. Sed nobles, grandes, generosos; apareced dignos de la tarea que habeis

Discurso que dirigió Billaud Varennes á los asesinos.

(1) El abate Sicard. 112, 116, 134. Rev. Mem. XLVI.

emprendido: haced que todo en este memorable día corresponda á la soberanía del pueblo que os ha encomendado su venganza." No tardaron los asesinos en reclamar el premio que se les habia ofrecido; empapados en sangre y salpicados con los sesos de sus víctimas, se agolparon á la puerta del despacho de la municipalidad, que se hallaba en apuros en cuanto á fondos para pagarles. "¿Creereis que quede bien pagado yo con veinticuatro francos?" dijo un joven panadero que tenia por arma un enorme garrote; "yo solo he matado á cuarenta." A media noche volvió á rodear la plebe á la junta municipal, amenazándola con que acabaria con ella si desde luego no se le pagaba; viéndose con el puñal al cuello uno de los miembros de la junta, adelantó á los individuos de la turba la mitad de la suma ofrecida, y el resto fué satisfecho por el ministro del interior, Roland. Los nombres de los asesinos y la cantidad que recibieron, se han de ver todavía escritos con sangre en los registros de la municipalidad, en los de la seccion del jardin botánico, (Jardin des Plantes) y en los de la seccion de la union [1 2].

De nada sirvieron la dignidad de la virtud ni los hechizos de la hermosura con la desenfrenada turba. Entre los condenados á morir, se encontraba el ilustre y benéfico Sicard, preceptor

(1) Rev. Memoires, XLVI, 338, 339. Abate Sicard. 134, 135. Tb. III, 74, 75.

(2) Además de estas cantidades, aparecen en los libros de la municipalidad 1463 francos distribuidos á los asesinos el día 4 de Setiembre. *THIERS III*

de los sordo-mudos, y el mejor amigo de las clases necesitadas. Habria sido prontamente asesinado á pesar de la notoriedad de su buen nombre, á no haber sido porque un relojero llamado Monnot tuvo la intrepidez de arrojarle en medio, y contener la lanza con que se le iba á traspasar el pecho. En medio de la carnicería, la señorita de Sombreuil, jóven de diez y ocho años, se precipitó al cuello de su padre, á quien tenian cercado ya los asesinos, y declaró que no le harian morir sino despues de muerta ella. Enagenada de admiracion al ver su arrojo, se contuvo la plebe; y un individuo de ella presentó á la jóven un vaso lleno de sangre esclamando: "¡Bebel es sangre de aristócratas" y ofreciéndola que si tal hacia, se perdonaria la vida á su padre; lo hizo así, y consiguió salvarlo. La señorita Cazotte, mas jóven todavía que la anterior, anduvo buscando á su anciano padre en las cárceles, durante el alboroto; cuando los guardias se llegaron á él para conducirle ante el tribunal, le abrazó tan fuertemente su hija, que fué imposible separarlos, llegando á conmoverse con este cuadro los asesinos; pero á poco murió con el valor de un mártir, y su desventurada hija no supo la suerte que habia corrido sino algun tiempo despues al sacarla de su encierro [1].

Iguales tragedias se representaban al mismo tiempo en las demas cárceles de Matanza cometida en la cárcel de los Carmelitas. Paris y en los edificios religiosos donde se habia encerrado á multi-

(1) Rev. Memoires, XLVI, 76, 77. Sicard, 105. *THIERS III*, 71. Tom. I. 57.

tud de víctimas. En el convento de Carmelitas se habian reunido mas de doscientos eclesiásticos, entre quienes figuraban el arzobispo de Arles, venerable por su ancianidad y sus virtudes, y otros diversos prelados. Formados en derredor del altar, oyeron la gritería de los asesinos que estaban á las puertas; unos cuantos, cediendo á los impulsos del terror, se habian evadido, y procuraban ponerse á cubierto del peligro, cuando avergonzados por haber podido abandonar á sus hermanos en aquella circunstancia estrema, se volvieron con el fin de correr la misma suerte. Aterrados por lo imponente de la escena, se apresuraron los miserables á consumir su obra de esterminio, temiendo que antes de que la comenzaran, se apoderase la compasion del alma de los espectadores; el arzobispo de Arles oró por los agonizantes, y las víctimas espiraron pidiendo perdon para sus asesinos. A muchos se ofreció la conservacion de la vida bajo la condicion de que prestarian los juramentos que la Revolucion prescribia; pero todos se negaron á ello, y murieron por la fé de sus mayores. Hubo entre los muertos muchos curas que movidos por su caridad habian prestado importantísimos servicios durante el hambre que se padeció en 1789; éstos recibieron la muerte de manos de aquellos mismos á quienes habian libertado de sus estragos [1].

El desgraciado fin de la princesa de Lamballe,

(1) Lac. Pr. Hist. I, 290, 291. Th. III, 64, 68, 74, 75.

Muerte de la
princesa de Lam-
balle.

fué uno de los sucesos mas dignos de sentirse. Adicta á la reina y profesándole un afecto particular, la acompañó voluntariamente en su prision, pero despues la separaron por orden de la municipalidad, y fué trasladada á la Petite Force. Cuando llegaron á su calabozo los asesinos, le ofrecieron la vida, con tal que jurase detestar al soberano y á la reina; se negó á ello, y fué asesinada. Uno de sus sirvientes, á quien habia colmado de beneficios, fué el que descargó el primer golpe. Quedó hecho pedazos inmediatamente su hermoso cuerpo, y se pusieron los pedazos en las puntas de las picas, paséandolos por diversos puntos de la ciudad. Su cabeza, clavada en una lanza, se llevó primero al palacio del duque de Orleans, quien se levantó de la mesa, y se sonrió á la vista de aquel espectáculo sangriento; en seguida fué llevada al Temple, y la pasearon por enfrente de las ventanas de la prision de Luis XVI. Ignorando lo acaecido, y atraído por la algazara, el monarca, á instancias de uno de los comisionados de la municipalidad, se dirigió á la ventana, y por la hermosa cabellera reconoció los tristes restos de la que antes habia sido su cara amiga [1]; otro de los comisionados, mas humano que el anterior, habia hecho los posibles esfuerzos para impedir que contemplase el rey el espectáculo. Despues se preguntó al monarca si se acordaba del nombre del

(1) Lac. Pr. Hist. I, 393. Rev. Mem. XLVI, 71. Th. III, 8.

individuo que habia mostrado para con él tanta barbárie: "No, contestó, pero perfectamente me acuerdo del de aquel que se manifestó sensible [1]."

Una circunstancia singular digna de mencionarse como un signo característico del estado casi inconcebible en que se encuentra el espíritu humano durante las conmociones de esta especie, es la de que muchos de los asesinos que habian tomado á su cargo el sacrificio de los presos, se mostraban en algunos casos sumamente accesibles á los sentimientos de humanidad. Fourniac tuvo la fortuna de lograr, merced á la serenidad que desplegó, é igualmente á su buena estrella, que el terrible tribunal le absolviese: dos individuos que estaban á su lado, y que le eran desconocidos, le pisaban el pié avisándole cuando era conveniente que hablase; y cuando quedó absuelto, éstos mismos le condujeron sano y salvo bajo el arco de sables y lanzas por entre el cual tuvo que pasar. Cuando le transportaron á un lugar seguro, Fourniac les ofreció

(1) No deja de ser instructivo seguir algunas veces á los malvados que perpetran semejantes crímenes, en la carrera que recorren hasta el fin de sus dias. "En un punto remoto de la costa, dice la duquesa de Abrantes, vivia un hombre de edad mediana, en una solitaria cabaña, sin tener en su compañía á ningun ser humano. La policia tenia órdenes estrictas del primer cónsul para vigilarle con especial cuidado. Murió sofocado á consecuencia de un accidente que le sobrevino comiendo; espiró profiriendo horrendas blasfemias y en medio de espantosos tormentos. Este hombre habia representado el principal papel en el asesinato de la princesa de Lamballe." D'ABRANTES, III, 264.

en premio algun dinero, pero nada quisieron admitir; y despues de haberle abrazado, se volvieron á proseguir su sangrienta tarea. Otro preso, á quien se salvó de la misma manera, fué conducido hasta su casa con las mismas atenciones y cuidados; y no contentos con esto los asesinos, empapados con la sangre de las víctimas que habian inmolado, quisieron presenciar la escena que pasaria entre el individuo salvado y su familia; los hizo llorar aquel tierno espectáculo, é inmediatamente regresaron con mayor alegría al teatro del es-terminio. No parece sino que en este estado convulsivo se suceden sin interrupcion en el alma todas las emociones fuertes; y que el ánimo, como sucede cuando se asiste á un espectáculo dramático, está dispuesto igualmente á los actos de escesiva crueldad y á las emociones que produce una sensibilidad extrema (1)."

Mas de cinco mil víctimas fueron inmoladas en las diversas cárceles de Paris, durante esta carnicería que duró desde el 2 hasta el 6 de Setiembre. Cuando se consumó esta matanza, los asesinos, no sintiendo satisfecha todavía su sed de sangre, sitiaron á Bicetre, donde estaban encarcelados muchos miles de reos por delitos comunes, que ninguna relacion tenian con la política. Se defendieron con tal resolucion, que hubiera sido preciso emplear piezas de artillería para destruirlos. Pero la muchedumbre estaba decidida á verter sangre, é hizo venir mas y mas

(1) Th, III, 73, 74. Saint Meard, Rev. Mem. XLVI, 349.

refuerzo á fin de sostener la lucha, hasta que fueron sucumbiendo los reos, y todos murieron. Al fin cesaron los asesinatos por haberse acabado las víctimas. Se sepultaron los cadáveres en zanjas que habia mandado formar la municipalidad con tal objeto; se les depositó en las catacumbas donde yacen como un monumento de los crímenes que cometió la Francia, y que habria deseado sepultar en un olvido eterno [1].

Durante la cruzada que se emprendió contra los Albigenses en el Mediodia de la Francia, se quemó públicamente á trescientos individuos entre hombres y mugeres, en medio del estremado júbilo de los cruzados [2].” Cuando la democracia de Atenas sofocó la sedicion de la isla de Mitilene, se promulgó un decreto mandando que fuesen muertos los vencidos y sus familias [3]. Cuando los soldados irlandeses del ejército de Montrose cayeron prisioneros en la batalla de Philiphaugh, fueron arrojados con sus mugeres é hijos desde el puente de Linlithgow en Escocia, y las cuadrillas de patriotas presenciaban la ejecucion con sus alabardas levantadas, á la orilla del rio, para acabar con aquellos desventurados inocentes, á quienes las aguas arrojasen todavía vivos á sus márgenes [4]. La crueldad no pertenece esclusivamente á un pais determinado; es decir, no es mayor en Francia que en cualquiera otra nacion que se encuentre en semejan-

(1) Lac. Pr. Hist. I, 295. Th. III, 83. Scott, II, 47.

(2) Sismondi, VI, 367.

(3) Tucídides, I, 250, 256.

(4) Chambers' Rebellions of Scotland, III, 37.

tes circunstancias. Las pasiones de la muchedumbre son las que, cuando llegan al desenfreno, producen en todas épocas este efecto.

Durante los espantosos escesos que hemos mencionado, la Asamblea nacional, aunque abundaba en los mas vehementes deseos de poner término á los desórdenes, no se encontraba en la posibilidad de tomar providencia alguna para la consecucion de este objeto; en el mismo caso se hallaba el ministerio, de suerte, que la municipalidad era la única que arbitrariamente mandaba. En los momentos en que con mas encarnizamiento se ejecutaba la matanza, se encontraba ocupado el cuerpo legislativo en la discusion de un decreto referente á la acuñacion de moneda. Cuando se hizo tan pública la noticia de la carnicería que se perpetraba en los eclesiásticos que estaban en los Carmelitas, lo que no pudo menos que llegar á conocimiento de la Asamblea, despachó esta una comision encargada de hacer los mayores esfuerzos para salvar á las víctimas; pero no logró libertar sino una. El dia siguiente se presentaron á la barra los comisionados del cabildo, y aseguraron al cuerpo legislativo que reinaba en Paris la tranquilidad mas completa, y sin embargo, los asesinatos continuaron por espacio de otros cuatro dias derramando sangre. La guardia nacional se hallaba dividida en opinion y se negó á servir; ademas, Santerré, que la mandaba, no quiso emplearla. Solo Roland tuvo la entereza necesaria para ha-

Débil conducta
de la Asamblea.

cer uso de sus talentos en la Asamblea, en defensa de la humanidad [1]. Algunos días después hizo Vergniaud, por medio de su elocuencia, despertar á la Asamblea del estupor en que se encontraba, y tuvo la resolución de proponer, y la suficiente influencia para hacer promulgar un decreto en que se hacia responsable á la municipalidad, con las cabezas de sus miembros, de la seguridad de sus presos.

El corto número de individuos que se atrevieron á perpetrar en la capital las enunciadas carnicerías á vista del cuerpo legislativo, es uno de los hechos mas instructivos que pueda contener la historia de las revoluciones. Marat habia dicho mucho antes, que con doscientos asesinos á un luis diario, seria capaz de gobernar toda la Francia, y hacer caer trescientas mil cabezas. Opinión cuya exactitud demostraron los sucesos del 2 de Setiembre. El número de los que se ocuparon en la matanza, no pasaba de trescientos, siendo doble el de los que presenciaban la escena, y azuzaban á los actores para que no desmayasen en su tarea; sin embargo, este puñado de hombres gobernó á Paris y á la Francia con un despotismo que en vano procuraron establecer después trescientos mil valientes. La inmensa mayoría que formaban los ciudadanos bien intencionados, dividida en opinión, irresoluta, diseminada por diversos puntos, se halló en la imposibilidad de contener á una cuadrilla de asesinos,

(1) Lac. I; 295, 296. Hist. de France, IX, 369. Mig. I, 205. Th. III, 76, 77, 79.

nos, decidida á cometer las mas atroces crueldades de que pueda presentar ejemplo hasta el día la Europa moderna; importante lección es esta que enseña á la parte enérgica y sana de las generaciones futuras, que no debe esperar á unirse para defenderse, á que lleguen los momentos en que los ánimos ambiciosos é inquietos hayan comenzado á poner al espíritu público en efervescencia; y que tambien demuestra que jamas se debe descansar en la idea de que el corto número de los ambiciosos no les permitirá consumir el esterminio de los buenos [1].

No es menos digna de observarse la circunstancia de que todos los referidos asesinatos se cometieron en el centro de la ciudad, donde habia mas de cincuenta mil hombres que estaban alistados en la guardia nacional, que se hallaban armados, y que pertenecian á una fuerza que está especialmente destinada á la conservación de la seguridad pública, y á hacer respetar bajo todos los cambios que se ejecuten, la soberanía de las leyes. Pero era tan considerable el número de revolucionarios que entre las enunciadas tropas habia, y era tal la divergencia de sus opiniones, que nada hicieron el 10 de Agosto cuando el destronamiento del rey, ni el 2 de Setiembre durante la carnicería de los presos. Este hecho demuestra claramente la insuficiencia de una fuerza que, á pesar de estar compuesta de ciudadanos, se deja dominar por sus afectos y

(1) Barbaroux, 57. Louvet, Rev. Memoires, XLVI, 73.